

# "JICARAL" el nuevo libro de JOAQUIN GUTIERREZ

"JICARAL" es el último libro de versos de Joaquín Gutiérrez. La presentación del libro es artística. Ha sido bellamente ilustrado por Manuel de la Cruz e impreso con gusto en la imprenta "Soley y Valverde". Al final dice que colaboraron en la impresión de este libro los obreros tipográficos Francisco Barberena, Armando Arguedas, Manuel Salazar, Guillermo Barquero, Carlos G. Soto y Guillermo Porras, lo que recuerda el romance "A Saturnino Ruiz" el tipógrafo de Manuel Altolaguirre:

"Estoy mirando mis libros, mis libros, los de mi imprenta, que pasaron por tus manos, hoja a hoja, letra a letra".

Es el poeta que se siente hombre como el obrero, que no desdén al trabajador manual que no se considera un semidio entre las nubes como los poetas de las últimas generaciones.

Un libro de Joaquín Gutiérrez no es un acontecimiento que nos es indiferente. Yo lo vi jugar de chiquillo con su pantalón corto, correr como un potrero de pocos meses por las calles de mi barrio y me conmueven profundamente ahora sus versos de poeta auténtico. Hace unos tres años nos leyó sus primeras poesías. Oyéndolo pensábamos qué harían de él, el arte y la vida. ¿Al servicio de qué pondría su fuerza creadora, su virtud poética? Se encaramaría en una torre ebúrnea a cacarear acerca del arte por el arte y medir versos del cisne y Leda y de los reflejos de la luna en el agua del estanque de un jardín abandonado, mientras en su derredor los pueblos se debaten y sangran por conquistar su derecho a la vida?

En 1937 publicó su primer libro: POESÍAS en el que se adivina ya una conciencia que no se contenta con la superficie de los fenómenos. Al mismo tiempo lo vimos aprestarse para la lucha. Un poeta de los pies a la cabeza, un poeta completo como Alberti, como Neruda, como Carlos Luis Sáenz, como César Vallejo. A Joaquín Gutiérrez no le basta con poner en verso sus pensamientos, con hacer figuras literarias. El siente que la fuerza que lo impulsa a poner en verso sus ideas no debe ser una fuerza aislada que contempla desde arriba la inquietud de la vida, sino que debe ser una

Por Carmen Lyra

con el dolor y la alegría de todos y formar parte de la energía que empuja hacia arriba al hombre. Su juventud nos hace pensar en la rosa de los vientos, abierta a todos los rumbos, atenta a la inclinación de todas las corrientes, pero sin perder la dirección de sus rayos.

"JICARAL" es el jugo exprimido de las meditaciones de un espíritu joven acendrado en el dolor y en la alegría universales; allí están la tragedia de España y de China, la sangre que mana silenciosa de las heridas que la civilización en manos del fascismo abre en las carnes del pueblo; allí están sus anhelos de ennoblecir la vida humana a la par del paisaje nuestro y de las fantasías de su imaginación joven rica, esponjosa, fresca. Y se ve que la medida del romance es grata a su corazón. El romance ha sido impuesto por el pueblo español que ha encontrado en él, en la hora de su sed y de su angustia el mejor medio de cantar su congoja. El romance, es sencillo como el agua. García Lorca lo redescubrió en versos, peras de la tragedia; lo dejó listo, afilado y presto como un puñal con que herir el egoísmo grasoso de los que han aplaudido el Comité de No Intervención.

Tal vez haya un poco de descuido en la forma de las poesías contenidas en "JICARAL"; tal vez haya oscuridad en más de un pasaje, pero en general hay la fuerza sincera del poeta auténtico. Es como en un árbol que en cada ramilla, en cada flor, en cada hoja lo mismo que en el tronco potente o en la raicilla oscura deja sentir su fuerza.

Hay en "JICARAL" poesías llenas de gracia como las que le inspiran cosas humildes de nuestro terruño: las cercas de Cartago, la carreta, el totero, el poró, el trapiche. Sus Acuarelas dejan en nuestra imaginación con tres brochazos—paisajes sumidos en la luz del mediodía o del crepúsculo o de las estrellas: son miniaturas que yo no cambio por las de los miniaturistas italianos de fama.

El poeta adolescente que hace unos tres años nos leyó sus primeros versos no nos ha defraudado. Aquí va por el suelo que todos pisamos sin desdenar a nadie, sin sentirse más importante que los otros hombres, sacando de la tierra el jugo que colorea la flor de su poesía.

## El Gallinero

El gallinero en el árbol de guayaba: la cuijen, la champulona, la tuerta y la chiricana. El gallo en el mirador con gesto de Ben-Amala, espuelas de bambú en punta y un celaje en las dos alas, con ojos de triquitraque y más infulas que un águila. ¡Kikiriki! El grito se hundió en la noche como una espada en su vaina!



## Acuarelas

Se eleva de la colina la verde columna de humo de un ciprés, en la neblina y en un espléndido alarde, talle la mora su zumo en el vitral de la tarde. Prieta blancura de harina, la luna, suave ilumina, cuando tramonta el otero y va enrollando la sombra, como una tendida alfombra en el flanco del potrero. Las guarías, cubren las tapias de colorines chillones, hay vocinglería de piapias y derrite el sol la brea, de viejas embarcaciones, mientras sube la marca.

Tiene un halo de sudor la vaca, sobre la testa, da la caña su dulzor y el descanso de la siesta, halla ambiente acogedor, bajo la verde floresta.



Manuel de la Cruz

## Cercas de Cartago

Cercas de Cartago con líquenes y musgos, en la cansada simetría de cuadriláteros confusos, sirviendo de marco rugoso a Santa Lucías de celeste busto. Llenas de esas rositas, rosadas de tallo tan mustio, creciendo en las grietas de un gris tan obscuro. Cuando la neblina las envuelve todas en su manto húmedo, como el vaho de una vaca celeste; se adornan sus lutos, con las gotas brillantes del agua, en todas las hojas del musgo.

# "Pescadores de Atún"

por Matías El Aventurero

II

El viento del Oeste sopla con furia. Navegaban hacia el Sudoeste, protegidos por la costa Sur de la península de Nicoya. El barco se metía en la soledad de aquellas aguas tormentosas; pesadamente subía y bajaba, y hundía de un modo inverosímil la proa entre las olas, mientras la luna luchaba con una lentitud desesperante contra sinistras nubes negras y contra los Cerros de la Hoz que acabaron por engullirla. Luego amaneció. Con el día se desató la lluvia y la mar, bruscamente, se hizo más recia al faltar la protección de la costa. El que iba de guardia en el timón vio de pronto centenares de bufeos que navegaban ondulando sobre la agitada superficie. Maldita sea—se dijo. Allí está el jodido gardumen y esos gringos son capaces de empuñarnos con ese tiempo. Voy a hacerme el chanchito, pensó. Pronto los perderemos de vista.

Se equivocaba porque el capitán se había levantado y los había visto. Llamó a todo el mundo a cubierta.

—¡Todo el mundo a pescar! Prepárense!

—Capitán, tomemos café primero. Está lloviendo y hace mucho frío.

—¡Oh no joda! Cuando hay pescado no hay comida. Si hay tiempo, desayunaremos. Primero hay que ganarse el pan, costarricenses!

Todos se habían acostado la noche anterior a las doce o una de la mañana. Algunos estaban de "goma", el capitán incluso. Todos ellos, por la fuerza de la costumbre y obligados por su condición de marineros, mendigos de amor, habían dejado parte de sus energías entre los brazos de las prostitutas de "La Golosina" de "El Peligro", tan infelices como ellos mismos. Además llovía y, soplaban un viento helado. Por otra parte, olas inmensas que bañaban la cubierta a cada instante, no auguraban nada bueno. Sin embargo, el capitán no "se joda". Su misión es "golpear" la mancha de pescado. El empuñará la rueda y no las cañas. Tampoco se llenará de sangre ni de baba, ni tendrá que movilizar toneladas de pescado con los músculos entumecidos por el cansancio. Además, en la ca-

seta del timón se está muy bien. Allí no llueve. Y para él serán los dólares vivos que navegan veloces bajo las aguas...

De mala gana se pusieron sus arreos de pesca y tomaron sus puestos en las racks. Los costarricenses pescaban desnudos, casi. Sólo se ponían unas botas para protegerse los pies, y un calzón de baño. Los americanos se sobrecargaban de capas impermeables. Hacía mucho frío para ellos, que eran del Norte...

Había mucho atún y cogían anzuelos con presteza. Tenían hambre. Se pescaría a dos cañas, porque el pescado estaba picando muy duro, con voracidad inusitada. Se alcanzó el gardumen y se detuvo al barco para pescar. Apenas perdió velocidad comenzó a volverse y a ponerle el costa do a las olas. A veces los arancaban violentamente de sus puestos y los arrojaban contra el tanque de sardina. O se llevaban los peces recién cogidos al reventar sobre la popa, inundándola. Sin embargo, era tal la cantidad de pescado que, a pesar de las condiciones infernales para trabajar, se llenó la popa. El capitán puso otra vez el barco en marcha para "golpear" de nuevo la mancha. Mientras tanto, dos hombres tendrían que mover seis toneladas de pescado que había en la popa, para desocuparla y volverla a llenar. No se podía perder un momento. El atún es muy manso y de un momento a otro puede "cabriarse" y entonces no volverá a coger un anzuelo, aunque le echen el tanque de sardinas entero. Se limitarán a comerse las sardinas haciendo caso omiso de los ganchos emplumados.

A las doce del día todavía no habían desayunado los hombres. Los americanos de vez en cuando echaban viajecitos a la cocina, pero los costarricenses querían demostrar a los gringos que ellos podían trabajar con el estómago vacío. No sería la primera vez. Además era necesario evitar groserías del capitán, que no quería que los ticos comieran fuera de las horas reglamentarias. Ahora eran las doce y se come de once a once y media. Ya había pasado el tiempo señalado y con éste el desayuno.

Se pescaba sin descanso. La marejada arreciaba aún más. Un americano se había clavado una espina en una pierna al ser arrojado por una ola sobre el montón de pescado que se acumulaba a popa. Otro de los tripulantes estuvo a punto de perder un ojo al romperse el hocico de un pescado: el anzuelo, colgando de una cuerda en el extremo de una caña manejada por mano poderosa, se libertó de su peso y vio, lentamente, fué a clavar pulgada y media de acero en el pómulo del hombre. Varias veces los tiburones estuvieron a punto de morder las botas de los pescadores y uno de ellos, se llevó un par de cañas.

Ya se habían cogido como treinta toneladas. La bodega de popa estaba casi llena, lo mismo que la de proa. Quedaba hielo suficiente para dos o tres toneladas, pero el capitán se empeñaba en seguir pescando, quizá por el sólo placer de ver los peces sobre cubierta, muertos. Luego serían arrojados al mar para dar de comer a los tiburones. En Puntarenas mucha gente haría fiesta con uno sólo de aquellas peces.

Treinta toneladas de atún significan varios centenares de peces, que pasan varias veces cada uno por la mano de un hombre. Primero: sacarlos. Luego, movilizarlos hacia las bocas de las escotillas. De allí van a las bodegas, donde son metidos en hielo, uno por uno. Luego son descargados en el puerto para ser refrigerados en la planta del atún. Al final de todo eso los músculos comienzan a agarrarse, y las manos se niegan a agarrar las cañas. Las rodillas sangran. Con las rodillas especialmente con la derecha, se afirma el pescado en la "rack" para recibir el golpe del pescado al coger el anzuelo. Los lomos duelen terriblemente. En esa posición semiagachada tienen que sostener el peso del cuerpo los músculos extensores de la espina dorsal y, cuando se pega un atún, ellos más que ningún otro músculo del cuerpo, son los que ejecutan el esfuerzo máximo para sacar el pescado. Luego, al lanzar toneladas de peje, uno por uno, hacia las bodegas, para desocupar la popa, también estos pobres músculos llevan la peor parte. Treinta toneladas significan también varias horas de lluvia constante, con el cuerpo desnudo y con el estómago horriblemente vacío. Re presentan heridas, golpes, riesgos infinitos, hombres a punto de ser devorados por los tiburones. Son, ya listas en las bodegas del barco, la cristalización del sufrimiento físico de varios hombres perdidos en alta mar. Representan asimismo el dolor inmenso de trabajar y de trabajar para otros que se llevan la mejor parte, dejándonos en cambio el desprecio estúpido de la raza que se cree superior en presencia de los hombres latinos de piel bronceada.

Treinta toneladas también son tres mil seiscientos dólares y veinte mil ciento noventa y seis colonos. Todo ello el trabajo de diez hombres en un día. Sobre el capitán y dos americanos se desploma una ola de moneda. Sobre el barco blanquean al revolear grandes olas, mojándolo todo, inundándolo todo. A los seis costarricenses les tocarían setecientos veinte, de los veinte mil ciento noventa y seis colonos. La nave al embate de las olas se estremecía. El ruido ronco de sus motores era el acompañamiento que necesitaba el ritmo de los pensamientos llenos de rabia sorda de aquellos explotados.

## Canto a la vida nueva

Y corroyó mi verso el óxido del mar... Por eso ya no canto a las lunas dormidas, ni al espasmo del cisne, de lunares plateados: siento un peso de glóbulos de cemento, en la sangre y los pulsos vencidos y un ardor en los ojos. Ahora canto al trabajo y al músculo y a la pala y al pico y al minero de Irkutsk y al herrero del Cáucaso, como vivos ejemplos del trabajo vibrante. Ahora canto a la hembra, vigorosa y fecunda, de Oaxaca y Cahuila y a los niños de Irún y a los viejos de Asturias. Y me siento impelido a cantar a las fuerzas, que destruyen lo añejo y retoñan hirsutas y al llegar el crepúsculo se recuestan ahitas. Y admiro al sabanero de la pampa dorada y al peón de la altura y a ese negro, que tiene vibraciones de angustia, bajo el sol de la costa. El trabajo sin dueño, sino propio y los hombres sin amo, sino dueños y las hembras con libre potestad de su sexo. Yo no quiero que se oigan las máquinas de Ford, triturando la carne y que no se vean más los mendigos sedientos de una mano piadosa, ni quiero que se tiemble, por los negros espectros, de las bélicas fuerzas. Cuando el pico fecunde la pala de acero y la espiga se esponja y el arado se encorve en su mudo servicio, cuando caigan las manos que manejan el látigo, cercenadas de a golpe, entonces cantaré por los trillos del sol, esas nuevas fecundias de la era del hombre!